

de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gerson (1) cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquéstos, y dice haber sabido de muchos que decían y tenían por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser Papas; y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito (2) que había de ser Papa, después se le asentó en el corazón que había de ser Anticristo, o a lo menos mensajero de él; y después fué gravemente tentado de matarse él mismo, por no traer tanto daño al pueblo cristiano; hasta que por la misericordia de Dios fué sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros.

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana, y traerla a la perfección que a su principio tuvo, o a otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformation, que con la gracia de Dios les fuera ligera, que, olvidando sus propias conciencias, poner los ojos de su vanidad en cosa que Dios no la quería hacer por medio de ellos.

Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto a Dios; y pareciales, que dándose perfectamente a Él, y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que a su corazón venía no era otra cosa sino lumbre e instinto de Dios (3). Y llegó a tanto este engaño, que si aqúeste movimiento interior no les venía, no habían de moverse a hacer obra buena, por buena que fuese; y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer, aunque fuese contra el mandamiento de Dios; creyendo que aquella gana que su corazón sentía, era instinto de Dios y libertad del

(1) Gerson, canciller de la Universidad de París en el siglo xv.

(2) *Crédito*: creencia, persuasión.

(3) Alude a los *alumbrados*, cuyo error fundamental describe.

Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación de mandamientos de Dios; al cual decían que amaban tan de verdad, que aun quebrantando sus mandamientos no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de aquesto, diciendo (*Jn.*, 14, 21): *El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.* Item (v. 23): *Si alguno me ama, guardará mi palabra.* Y (v. 24): *El que no me ama, no guardará mi palabra.* Dando claramente a entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad. Porque, como dice San Agustín: «Ninguno puede amar al Rey, cuyo mandamiento aborrece.»

Y lo que el Apóstol dice (1 *Tim.*, 1, 9): *Al justo no le es impuesta ley;* y que (2 *Cor.*, 3, 17) *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad;* no se ha de entender que el Espíritu Santo haga a ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores; antes mientras más se les comunica este Espíritu, más amor les pone; y creciendo el amor, crece el cuidado y gana de guardar más y más las palabras de Dios y de su Iglesia; sino, como este Espíritu sea efficacísimo, y haga al hombre verdadero y ferviente amador de lo bueno, pónale tal disposición en el ánimo cuando con abundancia se da, que no le es pesada la guarda de los mandamientos, antes muy fácil, y tan sabrosa, que diga David (*Ps.* 118, 103): *¡Cuán dulces son para mi garganta tus palabras! Más que la miel para mi boca.* Porque como este Espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios, haciéndole que sea *un espíritu con Él* (1 *Cor.*, 6, 17), quiere decir, como dice San Pablo, que tenga un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues a cada uno es sabroso obrar lo que ama. Tanto, que si la misma Ley de Dios se perdiese, se hallaría escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, según dice David (*Ps.* 36, 31), que *la Ley de Dios está en el corazón del justo;* quiere decir, en su voluntad, según Dios. Y antes lo había dicho Dios (*Jerem.*, 31, 33): *Yo daré mi Ley en las entrañas de ellos.* Y de aquí es, que aunque no hubiese infierno que amenazase, ni pavor

que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra (4). Porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo para con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopción de los hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un amoroso hijo reverencia y sirve a Dios por el amor filial que le tiene. Tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado; y la perfecta esperanza, que alanza de sí tristeza y temor, como se sufre alanzar en este destierro, y hacerle sufrir los trabajos, no sólo con paciencia, mas con alegría. Y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo a los unos y amando a los otros, se llama *libre*, y que al tal justo *no le es puesta ley*. Así como si hubiese una madre que mucho amase a su hijo y mucho hiciese por él, no le sería pesada la ley que le mandase hacer lo que con su corazón maternal con su hijo hace. Y así esta tal madre no estaría debajo de ley ni de trabajos, mas encima de ella, como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad. Y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la Ley con amor. Y aun muchos hacen cosas a que no tienen obligación, ardiendo su corazón con mayor fuego de amor, que la obligación en que les pone la Ley. Y así se ha de entender lo que dice San Pablo (*Gal.*, 5. 18): *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo de la Ley*. Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la Ley, y gozosos con los trabajos todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no les es carga la Ley según es dicho.

Mas en quebrantando uno de los mandamientos de

(4) Se ha citado este pasaje como fuente probable de inspiración del célebre soneto:

«No me mueve, mi Dios, para quererte...
aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.»

Véase Pfandl: *Historia de la Literatura Nacional Española*. Pero es claro que el tema está completamente desarrollado en S. Francisco Javier, *Monumenta Xaveriana*, página 132.

Dios o de su Iglesia, luego se va este Espíritu, según está escrito (*Sap.*, 1, 5), que *se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima, por venir a ella la maldad.* Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos a la pesadumbre que da la Ley a los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos a caídas de culpas.

No diga, pues, nadie que quebrantando mandamientos de Dios o de su Iglesia, pueda haber justicia, ni libertad, ni amor con Él; pues el Señor pronuncia ser *esclavo, no libre (Jn., 8, 34), el que hace el pecado.* Y como *no hay participación de luz con tinieblas (2 Cor., 6, 14), no la hay entre Dios y quien obra maldad; porque, según es escrito (Sap., 14, 9): Aborrecible es a Dios el malo y su maldad.*

Heos dado cuenta de aqueste tan ciego error, como poniéndoslo en ejemplo, por donde saquéis otros muchos, tan necios y torpes como él; en los cuales han caído en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creído que los sentimientos o instintos que en su corazón había eran de Dios.

CAPITULO 51

De cómo nos habemos de haber para no errar en las tales ilusiones; y cuan peligroso sea el deseo de revelaciones o cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de aqué-
tas, os encomiendo mucho escarmentéis, como dicen, en ajena cabeza; y que tengáis mucho aviso de no consentir en vos, poco ni mucho, el deseo de aquestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia o curiosidad peligrosa.

De lo cual en algún tiempo fué tentado San Agustín, cuyas palabras son éstas: «¡Con cuántas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo que yo pidiese a Ti, Señor, algún milagro! Mas ruégote, por amor de nuestro Rey Jesucristo, y por nuestra ciudad de Jerusalén la del cielo, que es casta y sencilla que así como ahora está lejos de mí el consen-

timiento de aquesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos.» San Buenaventura dice que muchos han caído en muchas locuras y errores, en castigo de haber deseado las cosas ya dichas. Y dice que antes deben ser temidas que deseadas. Y si os vinieren sin querelas vos, temed, y no les deis crédito, mas recurrid luego a nuestro Señor, suplicándole no sea servido de llevaros por este camino, sino que os deje obrar *vuestra salud en su santo temor* (*Phil.*, 2, 12), y camino ordinario y llano de los que le sirven. Especialmente habéis de mirar esto, cuando la tal revelación o instinto os convidare a reprender o avisar de alguna cosa secreta a tercera persona, y mucho más si es sacerdote, o Prelado, o semejante persona a quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazón estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisés (*Ex.*, 4, 13): *Suplicote, Señor, envíes al que has de enviar*. Y Jeremías (1, 6) dijo: *Muchacho soy, Señor, no sé hablar*: teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados a corregir a los otros. Y no temáis que por esta resistencia humilde se enojará Dios o se ausentará si el negocio es suyo; mas antes se acercará y lo aclarará. Pues quien *du su gracia a los humildes* (*Jac.*, 4, 6), no la quitará por hacer acto de humildad. Y si no es de Dios, huirá el demonio, *herido con la piedra* de la humildad, que es golpe que *le quiebra la cabeza como a Goliat* (1 *Reg.*, 17, 49).

Y así acaeció a un Padre del yermo, que apareciéndole una figura del crucifijo, no sólo no le quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos dijo: «No quiero ver en este mundo a Jesucristo, bástame verlo en el cielo.» Con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura le quería engañar. Otro Padre respondió a uno, que decía ser Angel enviado a él de parte de Dios: «Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira a quién te enviaron, que no es posible que te enviasen a mí, ni te quiero oír.» Y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio. Y por esta vía de humildad, y de desechar muy de corazón estas cosas, han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el demonio les tenía armados; probando en sí mismo lo que dice David (*Ps.*, 114, 6): *El*

Señor guarda a los pequeñuelos: humilléme yo, y libróme Él. Y, por el contrario, hallando la falsa revelación o instinto del demonio alguna gana o aplacamiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio; porque, como dice San Agustín, *«la soberbia debe ser engañada»*.

Estad, pues, tan limpia de aqueste aplacamiento, y de pensar que sois algo por aquestas revelaciones, que no se mude vuestro corazón ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba, debajo del temor santo de Dios; y así os habed en ellas como si no os hubieran venido. Y si con responder esto, el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él a quien os puede aconsejar lo que os cumple. Aunque mejor sería dar esta cuenta luego que os acaeciese, y ayudar vos con oraciones y ayunos y otras buenas obras, al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso. Porque si al espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes a los miserables fariseos, contradictores de la verdad de Dios, que atribuían al espíritu malo las obras que Jesucristo nuestro Señor hacía por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia aceptamos el instinto del espíritu malo por cosas del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal puede ser, que seguir las tinieblas por luz, y el engaño por verdad, y lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, o teniendo a Dios por demonio, o al demonio por Dios. Y cuán gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea. Mas cuan clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificación y lumbre de aquesta duda. Y así como no es de todos profetizar o hacer milagros, con otras semejantes gracias, sino de aquellos a quien el Espíritu Santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura o Iglesia de Dios. Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama *discreción de espíritus*; con la cual entrañable inspiración y alumbrá-

miento juzga el hombre, que este don tiene, sin error, cuál es el espíritu de verdad o de mentira. Y si es cosa de tomo, débese decir al Prelado, y tener por acertada su determinación (1).

CAPITULO 52

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones o ilusiones.

Allende de lo dicho habéis de mirar qué provecho o edificación dejan en vuestra ánima aquestas cosas. Y no os digo esto para que por estas u otras señales vos seáis juez de lo que en vos pasa, mas para que, dando cuenta a quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad, cuanto más particular cuenta le diéredes.

Mirad, pues, si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengáis, o para alguna cosa de edificación notable en vuestra ánima. Porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice (*Isa.*, 48, 17): *Yo soy el Señor, que te enseñe cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas.* Y cuando se viere que no hay cosa de provecho, mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar o hacer perder tiempo a la persona que las trae y a las otras a quien se cuentan; y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento.

Y entre las cosas que habéis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes. Porque la humildad, como dice un Doctor, pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda. Porque según dice San Gregorio: «Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los reprobados es la soberbia.» Mirad, pues, qué rastro

(1) Insigne fué la discreción de espíritu de que estuvo dotado el B. Maestro Avila, a cuyo supremo criterio apeló Santa Teresa de Jesús para cerciorarse en los temores de su conciencia. Véase el Epistolario, c. 158.

queda en vuestra ánima de la visión o consolación, o espiritual sentimiento; y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco os ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ello, mas echáislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos; y si alguna vez os viene a la memoria, humilláisos, y maravilláisos de la gran misericordia de Dios, que a cosas tan viles hace tantas mercedes; y sentís vuestro corazón tan sosegado, y más, en el propio conocimiento, como antes que aquello os viese estábades; alguna señal tiene de ser Dios, pues es conforme a la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprece en sus propios ojos; y de los bienes que de Dios recibe, se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria a Aquel de cuya mano viene todo lo bueno. Y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: «El ánima que es llena del divino entendimiento, tiene sus evidéntísimas señales, conviene a saber, verdad y humildad.» Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo.

Mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés; porque, o al principio o al cabo de la revelación o consolación, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella. Y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen los otros. Cuando estas señales, y otras, que demuestran liviandad de corazón, viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio.

Y de ningnna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida hasta el tercero cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis de cosa ninguna ni la recibáis; porque mientras más alta es,

más peligrosa es, y haceros ha dar mayor caída. Pedid a Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre todo esto déos más lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel; y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja, son falsificados para que no agraden a Dios, y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de nuestro Redentor que cuando apareció a sus discípulos el día de su Ascensión (*Mc.*, 16, 14), primero *les reprendió la incredulidad y dureza de corazón*, y después les mandó ir a predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando a entender, que a quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas; para que aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismos otra cosa sino su indignidad.

La suma, pues, de todo esto sea, que tengáis cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar a quien os ha de aconsejar, y vos tomar su consejo.

CAPITULO 53

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud. Y de cuán a peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.

Mas habéis de notar, que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuán nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria a Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad; y con todo esto están llenos de soberbia, y tan enlazados en ella, cuanto ellos más libres piensan estar. Y es la causa, porque ya que vivan en verdad, por no atribuir los bienes a sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que en la verdad son; y piensan tener de Dios tanta lumbre, que ellos solos bastan para regirse en el ca-

mino de Dios y aun para regir a los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ellos sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que a los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el espíritu de Cristo y ser regidos por Él, y no haber menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su unción les satisface en sus oraciones.

Piensan, como San Bernardo dice, «en las casas ajenas, y que en solas las suyas luce el sol». Y desafían y desprecian a todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios. Sólo aquél es bueno en su juicio, que con ellos se conforma; y no hay cosa que más molesta les sea, que haber quien les contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos a ninguno creer. Y a la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y a los desenfrenados fervores y novedades, llenas de singularidad o causadoras de alborotos, llaman libertad de espíritu y fortaleza de Dios. Y aunque traigan en la boca casi a la continua, «Esto me dice mi espíritu; Dios me satisface», y semejantes palabras, otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los Santos la entienden, mas como a ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los Santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que a ellos. Y así, haciendo ídolos de sí mismos, y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios se tienen por perfectos humildes; y creyendo que en solos ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos; y lo que piensan que es luz, es muy obscuras tinieblas. De éstos, o que parecen a éstos, dice Gerson: «Hay algunos a los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan en sus invenciones guiados, o por mejor decir, arrojados por su propia opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasíadamente, velan mucho, turban y desvanecen el cerebro con demasiadas lágrimas. Y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo a los sabios de la Ley de Dios, ni se curan de oírlos; y cuando los oyen o pi-

den consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender a sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusión de demonios, presto caerán en la piedra del tropiezo; porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijeren de revelaciones no acostumbradas, tenedlo por sospechoso.» Todo esto dice Gerson.

CAPITULO 54

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados. Y de cuánto conviene recibir parecer ajeno; y de los males que trae el amor del propio juicio.

Habéis de saber, que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado, son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. Y si por ventura saben algún poco latín, para leer y traer consigo un Testamento Nuevo, es tanto lo que se creen a sí mismos, pensando que creen a Dios, y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son (1), no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos e impersuasibles que, como la Escritura dice (*Prov., 17, 12*), *mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confía en su necedad.* Y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de San Pablo (1 *Cor., 8, 1*): *La ciencia hincha, y la caridad edifica.* Y con esto paréceles tener licencia de despreciar a los sabios como a gente hinchada, y precianse a sí mismos como a gente llena de caridad; y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es más peligrosa que soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor. Aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego

(1) *Por claros que son*: a pesar de ser muy claros.

despreciar a los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes a muchos ha sido y es grande ocasión para serlo. Y juzgar que no lo son es una grande soberbia e injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito (*Mt.*, 23, 2): *Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos; haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen.* Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del orden natural y divino, que es que los menos sabios sean regidos por los más sabios.

Ni es contra esto lo que dijo San Juan (1 *Jn.*, 2, 27): *Que la unción enseña de todas cosas.* Porque lo que quiere decir es, que la gracia y lumbre de Dios, unas veces enseña al hombre interiormente por sí sola, y otras que vaya a pedir ajeno consejo, y a quién ha de ir a pedirlo; y así enseña de todo, aunque no por sí sola todo. Y a este propósito dice San Agustín: «Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas. Antes pensemos cómo el mismo Apóstol San Pablo, aunque fué postrado y enseñado con voz celestial (*Act.*, 9, 6, 11), con todo eso fué enviado a hombre para recibir los Sacramentos y ser incorporado en la Iglesia. Y Cornelio Centurión fué enviado a San Pedro (*Act.*, 10, 5), no solamente para recibir sacramentos, mas para oír de él lo que había de creer, esperar y amar. Porque si no hablase Dios a los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. Y ¿cómo sería verdad lo que está escrito (1 *Cor.*, 3, 17): *El templo de Dios, santo es; que sois vosotros, si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres, mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres, se lo hubiesen de decir desde el cielo, y por medio de ángeles? Y también la misma caridad no tendría entrada para que se comunicasen los corazones de unos con otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fué enviado al Eunuco (*Act.*, 8, 27), y Moisés recibió el consejo de su suegro Jetró (*Ex.*, 18, 24).» Todo esto dice San Agustín.*

Item, dice San Juan Climaco: «Que el hombre que se cree a sí mismo, no ha menester que le tiente el

demonio, porque él mismo se es demonio para sí.» Item, dice San Jerónimo: «No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.» Item, San Vicente dice, y aconseja mucho, «que el hombre que quisiere ser espiritual, tenga algún maestro por quien se rija; y si lo puede haber y no lo toma, nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia». San Bernardo y San Buenaventura a cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo. Unas veces dice (*Isa.*, 5, 21): *¡Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y delante [de] vosotros mismos prudente!* Y en otra parte (*Prov.*, 26, 12): *Si vieres algún hombre que se tiene por sabio, cree que más bien librado que este, será el ignorante.* Y San Pablo nos amonesta (*Rom.*, 12, 16): *No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos.* Y el Sabio dice (*Prov.*, 18, 2): *Si no dijeres al necio las cosas que él cree en su corazón, no recibirá las palabras de prudencia.* Y en otra parte (*Eccli.*, 6, 34): *Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares el oír, serás sabio.* Y por no ser prolijo, digo que la Escritura divina y amonestaciones de los Santos y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas a una boca nos encomiendan que no nos arriremos a nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo.

Porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, o cualquiera congregación, si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad y de paz y de unión, mueva a uno a ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu, que se tenga un hombre en tanta estima, que no se halle en la congregación de los hombres quien le pueda enseñar, ni juzgar si su espíritu es bueno o malo? Porque como dice San Agustín, no dejaría éste de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja. Y ya que sea su soberbia tanta, que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía o de sanar enfermos, y semejantes dones, de los cuales carezca el otro

que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones, sea mayor en tener don de consejo o de discreción de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor. Y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que, si lo que tiene es de Dios, se vaya o se pierda por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará; y si de otra parte fuere, huirá. Y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago (3, 17), es ser suadible (1). Y mire que llama San Agustín a estos pensamientos «soberbísimos y peligrosísimos». Porque aunque sea peligrosa la soberbia e inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer a la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo a su parecer, no sujetarse al ajeno. Porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer; mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá a lo que no tiene por tan bueno? Si *el ojo del ánima* que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo *está ciego* (Lc., 11, 34) y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y *si la luz se torna tinieblas*, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás?

Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia, que turban a todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir?

Y porque del todo maldigáis y huyáis este vicio, sabed que llega hasta hacer a los que eran buenos cristianos, perversos herejes; ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más a su parecer propio que al de la Iglesia y de sus mayores. Pensaban ellos que acertaban, y que lo que en su corazón pasaba era obra de Dios, y que si creían más al parecer ajeno que a lo que en su corazón sentían, dejaban a Dios por el hombre. Mas la experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad

(1) *Suadible*: que se deja persuadir. Es palabra latina: *suadibilis*.

era espíritu de engaño; el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos *transformándose en ángel de luz* (2 Cor., 11, 14), debajo de semejanza de bien; y así quitóles la vida del ánimo, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPITULO 55

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona a quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos; y qué tal ha de ser ésta; y cómo nos habremos con ella.

Tomando, pues, escarmiento de aquestas cosas, os amonesto que, así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer, y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa y en vuestra casa; y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis; porque a duras penas hallaréis cosa que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra. Y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego. Y esto entendido, si vos no tenéis oficio de regir la casa; porque entonces no debéis dejar lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros bien por oración y consejo, según la calidad de la cosa.

Ya sabéis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta (1), se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y, cierto, creed que quien está acostumbrado a creerse, y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas a llamar a su entendimiento de necio y a fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, o al parecer de Dios o de sus mayores, o para no juzgar fácilmente a su prójimo.

(1) *Afrenta*: sic. Edic. 1575, 1588, 1595.

Y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podéis negar vuestro parecer y seguir el ajeno, sin examinar mucho quién lo dice o no, así os digo que en lo que toca a vuestra conciencia debéis de estar avisada, que ni la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera. Conviéneos que toméis por guía y padre a alguna persona letrada, y experimentada en las cosas de Dios; que uno sin otro ordinariamente no basta. Porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones, que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual; en las cuales, como dice Gerson, se ha de ocurrir (2) a los experimentados. Y muchas veces acaecerá a los que no tuvieren más que letras, lo que acaeció a los Apóstoles, andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo, que a ellos venía, *era fantasma* (Mt., 14, 26), teniendo por engaño lo que es merced y verdad de nuestro Señor, como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo; y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y a duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón de ellos.

Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen mucho caso de él; y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueban ligeramente estas cosas como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de éstos por ignorancia caen en errores, y dejan caer a los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio; por lo cual no son buenos para regir tampoco como los pasados.

Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quien les

(2) *Ocurrir*: recurrir.

informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta.

Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine Él de su mano, y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala: la buena, para que la encamine y os avise; la mala, para que os la corrija. Y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él pondrá en el corazón y lengua a vuestra guía lo que conviene a vuestra salud. Y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: Uno, de los que dicen: «No es menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface.» Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice (*Jerem.*, 17, 5): *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujetaos vos a hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza d l hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro.

Y tened por cierto, que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos, y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las Vidas de los Santos Padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno a la perfección el ser muy sujeto a su Viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las Ordenes de los Religiosos hay, por maravilla hallaréis otra tan buena, como vivir todos debajo de un mayor a quien obedezcan, no sólo en las obras exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devoción en la obediencia, vivirán vida acertada y muy descansada.

CAPITULO 56

En que se comienza a declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras; y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima; los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor a Dios.

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuán necesario es el oír para agradar a Dios nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra que dice VE. No basta estar atento a las divinas palabras de fuera e inspiraciones de dentro, que es el oír; mas conviene también tener sano el sentido para ver. Porque no menos son reprendidos de Cristo los ciegos que *no ven* la luz, que los sordos que *no oyen* la verdad.

Mas no penséis que amonestándoos que veáis, os quiere decir que veáis fiestas o mundo; porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazón, según dice David (Ps., 8, 4): *Veré tus cielos, obra de tus dedos; la luna y estrellas que Tú fundaste.* Y si más criaturas quieren ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas a Dios, no para perder y olvidar a Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor (Ps., 138, 37): *Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad: en el camino tuyo avivame.* Bien sabía este santo Rey que el demasiado *mirar* es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido, y por eso dice: *Avivame en tu carrera;* porque, según está claro a los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa. Lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar. En el cual hecho debemos burlar de su error

en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos.

Y así con toda guarda debemos guardar nuestros ojos, porque no nos acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino el principio de la perdición al mundo? Por cierto, no de más que de una vista desordenada. *Miró Eva al árbol vedado, dióle gana de comer de su fruto porque le parecía hermoso y sabroso; comió e hizo comer a su marido* (Gen., 3, 6), y la comida fué muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear; como parece en el santo Rey David (2 Reg., 11, 2), cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo después que llorar noches y días, *lavando su cama y estrado con lágrimas*, en tanta abundancia, que sus ojos estaban carcomidos, como de polilla, de mucho llorar. Y quien dice: *Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu Ley* (Ps., 118, 136), mejor los derramaria por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido a sus ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó; y también lo será a nosotros pecadores, pues tan livianos somos, que tras los ojos se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí, no perdamos la vista del Criador; quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos.

Y creed cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido, es la mortificación en el mirar; y del corazón disoluto la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima, de bien o de mal. Por lo cual el Esposo alaba a la Esposa de los ojos, diciendo (Cant., 1, 14): *Tus ojos son de paloma*; dando a entender que son honestos como los de la paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando.

Y si esto conviene mirar en *los ojos de fuera*, ¿cuánto más en los *interiores*, en los cuales verdaderamente está el bien o el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista o es ciego? Claro está que los fariseos a quien Jesucristo nuestro Señor ha-

blaba, ojos tenían en la cara, con que veían; mas porque no veían con los del ánima, llamábalos *ciegos y guía de ciegos* (Mt., 15, 14). Y, por el contrario, el Patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo. Porque, como dijo San Antón a un ciego llamado Dídimo, que era muy sabio en las Escrituras divinas: «No es razón que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales también tienen los gatos y los perros y otros animales menores, pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve Dios.»

Pues de esta vista debéis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *VE*, si la queréis cumplir. Ojos tenéis, que es vuestro entendimiento; y para ver a Dios nos fué dado; no lo hincháis de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo tapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo; mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en Aquel que os lo dió y os le pide para haceros bienaventurada en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, e hizo que no entrádeses a moler en la tahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes; mas libertóos el Señor para que fuédeses toda suya, y vuestros ojos a Él solo mirasen, como la esposa casta a su solo esposo suele mirar.

CAPITULO 57

Que lo primero que ha de mirar el hombre es a sí mismo; y de la necesidad que tenemos del «propio conocimiento», y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis a vos, y después a Dios, y después a los prójimos. Miraos a vos para que os conozcáis y tengáis en poco; porque no hay peor engaño, que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo

que es. Lodo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en más que esto os tenéis, ciega estáis, y deciros ha vuestro Esposo (*Cant.*, 1, 7): *Si no te conoces, ¡oh hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos par de las cabañas de los pastores.* El cual lugar os declararé, según la letra griega y edición Vulgata, a la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir (1), puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido.

Dicen, pues, en sentencia, San Gregorio y San Bernardo y Orígenes de esta manera: «No hay cosa tan para temblar, como oír a la boca de Dios: *Salte y vete.* Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, o marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarla de su amparo y riquezas, diciéndole: Vete de mí y de mi casa, ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrarse de todos los bienes y caer en todos los males?» *¿Dónde iremos—dijo San Pedro a Cristo—que palabras de vida eterna tienes? (Jn., 6, 69). ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y Tú sólo la tienes? ¿Dónde iremos, alegre Luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde. Pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí? Recia palabra es: Salte y vete, y semejable a aquella que Cristo ha de decir el día postrero a los malos (Mt., 25, 41): Idos, mal-ditos, al fuego que está aparejado.* Y otra vez digo, que no hay cosa que más deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios, y debajo de su fortísimo amparo, como oír a sus orejas: *Salte y vete.* Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males. Porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado a sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice San Agustín, sino lo que hizo San Pedro

(1) El Decreto del Tridentino sobre la Vulgata se publicó en la sesión IV (8 abril 1546). Por donde se ve que este pasaje no se hallaba en la primitiva redacción del *Audi, Filia*, hecha en 1530.

cuando negó a nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que había hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro, caído en pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que había hecho mal en haber caído, y dándole de ello dolor, y que la causa de su caída fué haber confiado de sí.

De manera, que la causa por que el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque *no se conocen*, pensando ser algo, y estribando sobre sus fuerzas. Y a esta ánima dice el Esposo: *Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas*: que quiere decir, que la deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos unos a otros; los cuales también serán el día postrero atados como manojos, para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Y dice el Esposo a la tal ánima: *Manadas tuyas*; porque el pecar, de nosotros es, no de Dios; y el bien es de Dios, y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos. Lo cual Él quiere muy de hecho que conozcamos ser así, no tanto por lo que a Él toca, cuya gloria no crece en sí mismo, aunque nosotros le glorifiquemos; mas por lo que toca a nosotros, cuyo bien es, y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos, no a nosotros, sino a Él se debe la honra. Y si de lo que Él puso en nosotros para su alabanza, queremos edificar ídolo, *atribuyendo la gloria del incorruptible Dios a nosotros, corruptibles hombres* (Rom., 1, 23), no lo dejará Él sin castigo, mas dirá: *Quédate con lo que es tuyo y piérdete*, pues no quisiste permanecer en Mí para salvarte. ¡Oh, cuán de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras; y cuán presto, de espirituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo; y los que solían comer con sabor pan celestial, deléitanse después en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las cosas de Dios, mas aun oír hablar de Él! ¿De dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidos de graves tentaciones, y venidos a la vez haber miserablemente caído en vilezas tan feas,

que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fué que en la mocedad vivian con santo temor y humildad; y viéndose tan al canto de caer, invocaban a Dios, y eran defendidos por Él. Mas después que, con larga posesión de la castidad, comenzaron a engreírse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, e hicieron lo que era suyo propio, que es el caer.

Y entonces se cumple que *apacientan sus cabritos*, que son sus livianos y deshonestos sentidos, *cerca de las tiendas de los pastores*, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en *cabaña de campo*, que presto se muda, y no como en casa o ciudad de reposo. Y así con mucha razón, en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno que en cualquier manera hacemos.

Despertad, pues, doncella, y escarmentad, como dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probéis el castigo. Sea semejante a la Esposa, a la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oída palabra tan pesada y de boca de quien es todos los bienes: *Salte y vete*, miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde con la reprehensión, consuélala el Esposo diciendo (*Cant.*, 1, 8): *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía: hermosas son tus mejillas, como de tórtola*. Por la soberbia es un ánima semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio (*Jn.*, 8, 44), *no estuvo en la verdad*, que es Dios; mas quiso estar en sí mismo, poniéndose a sí por arrimo y descanso. Por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejante a los buenos ángeles, que se arrimaron a Dios y se desasieron de sí; porque se veían ser caña quebrada; y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: *¿Micael?* Que quiere decir: *¿Quién como Dios?* En lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y a los suyos, que se querían hacer ido-

los, atribuyendo a sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura. No porque éstos entendiesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran; como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca o entendimiento diga a voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzase y gózanse vanamente en sí mismos, como si de sí tuviesen el bien; confesando con el entendimiento que la gloria se debe a Dios, y robándosela con la voluntad. Mas los buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?* Porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por eso fueron ensalzados a ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder. Pues a esta *caballería*, que es el angélico ejército que destruyó a Faraón y a sus carros en el mar Berinejo, *asemeja* Cristo a su *Esposa* cuando se conoce y se mide.

Y alaba *las mejillas* donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Por qué hubo vergüenza la *Esposa* de la tal reprehensión? Por haber pedido cosas mayores que a su poquedad convenían; y, de mejillas deslavadas, tornáronse vergonzosas y honestas, *como de tórtola*, que es ave honesta. Y por esto decía aquel devoto Bernardo, que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo: cuando no la tenemos, porque estamos aparejados a todas caídas: recelo cuando la tenemos, porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella; y mayor recelo cuando la perdemos, porque por nuestro descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura (*Prov.*, 28, 14): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.*

CAPITULO 53

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento; y en qué cosas lo podremos hallar; y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.

De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los Santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, veréis cuán necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios. Y pues queréis edificar casa en vuestra anima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón son sus casas.

Y por tanto, el primer cuidado que tengáis sea cuidar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que, quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis a la firme piedra, que es Dios; sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundaréis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: «Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento.» Lo cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad—aunque sin ella, no son virtudes—, mas son ocasión de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y por tanto, conforme a la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme, y no sea derribada con el viento de la soberbia.

Y si me dijéredes: ¿Dónde hallaré esta joya del propio conocimiento?, dígoos que aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar, quitando los ojos de las vidas ajenas. No os entremetáis en saber cosas curiosas; volved vuestra vista a vos misma, y perseverad en examinaros; que aunque al principio no halléis tomo en conoceros, como quien entra de la claridad del sol a una cámara obscura; mas perseverando en sosiego, poco a poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aun-

que sea en los muy secretos rincones. Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oíd a San Jerónimo, que dice a una mujer casada (1): «De tal manera tengas cuidado de tu casa, que también tengas para tu ánima algún reposo. Busca un lugar conveniente, y algún tanto apartado del bullicio de tu familia; al cual te vayas, como quien se va a un puerto, huyendo de la gran tempestad de tus cuidados; y allí, solamente haya lección de cosas divinas, y oración continua, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte del regimiento (2) de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella.» Si este bienaventurado Santo encomienda a una mujer casada que quite [a] las ocupaciones de casa algún rato, y se recoja en quieto lugar a leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente, como para usar de la oración y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto, en el cual tenga sus libros devotos e imágenes devotas, diputado solamente para *ver y gustar cuán suave es el Señor?* (Ps. 33, 9). El estado de virginidad que habéis tomado, no es para que estéis enlazada en cuidados percederos del mundo; mas, así como es semejante al estado del cielo, cuanto a la entereza e incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón, en cuanto a vos fuere posible, cuidado de tierra; mas habéis de ser un templo vivo, en el cual se ofrezcan continuas oraciones, y suenen continuos loores a Aquel que os crió. Y sólo un cuidado ocupe vuestro corazón, y ha de ser agradar al Señor, como dice San Pablo (Colos., 3, 3): *Daos por muerta* a este mundo, pues ya os habéis desposado con el Rey celestial.

Y acordaos que dice el Esposo a la Esposa (Cant.,

(1) A Cleancia.

(2) *Regimiento*: gobierno.

4, 12): *Huerto cerrado, hermana mía, Esposa, huerto cerrado.* Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánimo. Que, pues la virginidad se toma entre cristianos, no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón a Dios; la doncella que se contenta con virginidad de cuerpo, y no vive cuidadosa en el aprovechamiento de las virtudes y oración y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace, sino pararse en el camino, y nunca llegar adonde va? ¿Tener aparejo para coser y labrar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es a todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánimo; mas al religioso, al sacerdote, y a la virgen que a Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad que a Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea a santos lugares y obras buenas; porque a las mozas así conviene. No os entremetáis en temporales congojas. Y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderamente tomado, aprovecha a cuerpo y ánimo, y cumplido con las ocupaciones de necesidad o de caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio; que aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en la celda se tratan negocios del cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay, como el que allí en sosiego se gasta.

CAPITULO 59

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento; y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración.

Buscado, pues, este lugar quieto, recogeos en él a lo menos dos veces al día, una por la mañana, para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo nuestro Señor, como después diremos (1), y otra en la tarde

(1) Caps. 68 y siguientes.

en anocheciendo para pensar en el ejercicio del propio conocimiento. Y el modo que tendréis sea éste.

Tomad primero algún libro de buena doctrina, en que, como en espejo, veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios. Y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas, alzando el corazón a nuestro Señor, suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando a Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si a Él mismo oyéades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera, que aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened a lo que leéis una mediana y descansada atención, que no os cautive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener. Y leyendo de esta manera no os cansaréis; y daros ha nuestro Señor el vivo sentido de las palabras, que obre en vuestra ánima, unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de Él y de su perdón; y os abrirá el entendimiento a conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones. Y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar a leer; y así se van ayudando la lección y la oración.

Y con el corazón así devoto y recogido, podéis comenzar a entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento; y de esta manera, vuestras rodillas hincadas, pensaréis a cuán excelente y soberana Majestad vais a hablar. La cual no la penséis lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra; y que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos que vos misma. Y considerando vuestra pequeñez, hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle. Y comenzad primero en decir mal de vos, y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdón de lo que en aquel día hubiéredes pecado,

Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre; no tantas, que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción; ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima, y para ofrecer a Dios servicio con nuestra lengua, en señal que Él nos la dió. Y por eso nos enseña San Pablo (1 Cor., 14, 15): *Que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz, y con el ánima.* Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes a nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación, y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado en vuestro corazón. Porque si a Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo bien derramó su sangre. Y rezad así por los vivos, como por los que en purgatorio están. Y también por toda la infidelidad, que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga a su santa fe a todos, pues *todos desea que sean salvos.* Y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas a dos partes: una a nuestra Señora, a la cual habéis de tener muy cordial amor, y entera confianza que os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades; y la otra a la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, la cual también os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos, y esperanza única de vuestra salud.

CAPITULO 60

De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo del meditar en lo que toca al cuerpo.

Después de esto, dejad de rezar con la boca, y meteos en lo más dentro de vuestro corazón; y haced cuenta que estáis delante la presencia de Dios, y que no hay más de Él y de vos.

Pensad cómo antes que a este mundo viniédeses, érades nada, y cómo aquella sobrepujante bondad de Dios nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensad cómo os dió cuerpo y ánima, para

que con lo uno y con lo otro trabajásedes de le servir.

Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo a vos misma: «Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento; no sé si será esta noche o mañana; y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello.» Pensad cómo caeréis en la cama, y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte; levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo, y poneros han en unas andas, y llevaros han a enterrar, llorando unos y cantando otros. Echaros han en una sepultura chica, cobijaros han con tierra, y después de haberos pisado, quedaros heis sola, y seréis presto olvidada.

Pensad, pues, todo esto que por vos ha de pasar. ¿Qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuán presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler, ni estar cerca de vos. Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuán necios son aquellos que, habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros. Y cuán engañados viven los que regalan su cuerpo, y se van tras sus deseos; porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer; y ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura; y haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren a la memoria; y mortificad los deseos de agrandar y desagradar al mundo, y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él a vos. Y considerando cómo vuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo miréis de ahí adelante sino como a un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco acordaros de él. Y teniendo el cuerpo

en esta posesión, no seréis engañada cerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento, y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar; como quien se pone al fin de la nao, para desde allí regirla mejor.

CAPITULO 61

De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al alma, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigáis lo que ha de acaecer a vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo a nuestro Señor, y pareciéndole entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro a nuestro Señor, y entenebrecérsele ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y, en fin, poco a poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella o perdición para siempre, o salud para siempre. Oír tiene de la boca de Dios: «Apártate de mí a fuegos eternos», o «Quédate conmigo en estado de salvación, en purgatorio o paraíso». Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo Él estará vuestro remedio. Por lo cual habéis mucho de huír de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia a Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán; y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos, muy deseosos de os tragar?

Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento cómo en aqueste estrecho punto habéis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien o mal que hubiéredes hecho. Y decid a nuestro Señor, que vos os presentáis ahora de gana, para alcanzar miseri-

cordia en aquella hora, que por fuerza habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón, a quien han tomado en el hurto, y le presentan ante el juez, las manos atadas; o una mujer que la halló su marido haciéndole traición; los cuales, de confundidos, no osan alzar los ojos, ni pueden negar su delito; y creed, que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra Él habéis pecado, que pueden ningunos ojos de hombres ver cosa que delante de él se hiciese. Y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubriós de la vergüenza que entonces perdisteis; y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada; y especialmente traed a la memoria los pecados más graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, más seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente, sino a bulto, como una cosa hedionda, y que os da grande espanto de la mirar. Juzgaos y sentenciaos por mala, y bajad vuestros ojos a considerar los infernales fuegos, creyendo que los tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima, y cómo érades obligada a reverenciarle y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus mandamientos y de su Iglesia. Mirad cómo os ha mantenido, con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado; y, sobre todo, cómo, por convidaros con su ejemplo y amor a que fuédes buena, vino el mismo Señor del mundo, haciéndose hombre; y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades, pasó muchos trabajos, y derramó muchas lágrimas, y después su sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de *recibo*; y os han de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes, y cómo habéis usado de vos misma a servicio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido a tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta

razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios conforme a estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguía para vuestro bien.

¿Qué gracias os parece que se deben dar a quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndonos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos a quien tantas veces tendió su mano para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, Él nos fué piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizás están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid a Dios, como si hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno, y Él os hubiera sacado de allá; porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vayáis allá mereciéndolo vos, o sacaros de allá por su gran misericordia después de entrada.

Y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho, y los males que vos a Él, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en aqueste juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado, y suplicadle que os diga Él quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener. Porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois mala, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar tomo en vuestra maldad e indignidad, como quien tiene un perro muerto a sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un día solo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco a poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio e indignidad que con el entendimiento juzgasteis que se os debía. El cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole que Él lo asiente en lo más dentro de vuestro corazón. Y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno; y estad aparejada a sufrir con paciencia cualquier trabajo o desprecio que se os ofreciere, considerando que, pues habéis ofendido a Dios, es muy justo que todas las

criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entenderéis si de verdad os conocéis por pecadora y digna de infierno; y decid en vos misma: «Todo el mal que me pueden hacer, muy poco es, pues yo merezco el infierno.» ¿Quién se quejará de picaduras de moscas, mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, cómo no alanza de sí a un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala, y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de Él, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

CAPITULO 62

Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento; y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae; y del provecho que nos viene de las reprehensiones que otros nos dan, o el Señor interiormente nos envía (1).

Para acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigáis. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete. Porque por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida, como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace. Porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable a la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (*Prov.*, 24, 30): *Que pasó por ella, y vió su seto caído, y lleno de espinas.*

Haced cuenta que os han encomendado una hija de un Rey, para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres; y que a la noche le pedís cuenta, reprendiendo sus faltas y amonestándole las virtudes. Miraos como a cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni

(1) Véase la Carta, 5, 8 y 12; y el Tratado octavo del Santísimo Sacramento.

regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la virtud; y que no habéis de hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capitulo con vos a la noche, juzgándoos muy particularmente, como hariades a otra tercera persona. Reprendeos y castigaos de vuestras faltas, y predicaos a vos misma, con mucho mayor cuidado que a otra persona alguna, por mucho que la améis. Y adonde sintiéredes que hay más faltas, ahí poned mayor remedio. Porque creed que, durando este examen y reprehensión de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas.

Y aprenderéis una *ciencia* muy saludable, que os hará llorar y no *hinchar*; la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco a poco, y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien a sí mismo y contentándose de sí. Velad bien contra aquesta entrada y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien a vos misma; mas con la lumbre de la verdad sabcos reprender y desplacer (2); y seros ha vecina la misericordia de Dios; al cual aquéllos solos parecen bien, que a sí mismos parecen mal; y a aquéllos perdona sus faltas con largueza de bondad, que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad, y las gimen con su voluntad.

Y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar a la soberbia, que son desagradecimiento y pereza. Porque conociendo y reprendiendo vuestros defectos, veréis vuestra flaqueza e indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros, y perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males; y así seréis agradecida. Y mirando el poco bien que hacéis, y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza, y comenzaréis cada día de nuevo a servir a nuestro Señor, viendo cuán poco habéis hecho en lo pasado.

Y por esto, y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados, ¿dónde estaría uno más seguro, en soledad o en compañía?, respondió: «Si se sabe reprender, dondequiera estará seguro; y si no, dondequiera estará a peligro.»

(2) *Desplacer*: desagradar.

Y porque, por el mucho amor que nos tenemos, no sabemos conocernos y reprendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo a la persona que nos reprende; y también suplicar al Señor que nos reprenda Él con amor, *enviándonos su luz y verdad* (Ps., 42, 3), para que sintamos de nosotros lo que, según verdad, debemos sentir. Y esto es lo que Jeremías (10, 24) pedía diciendo: *Corrígeme, Señor, en juicio, y no en furor; porque por ventura no me tornes a nada*. Corregir *en furor* pertenece al día postrero, cuando enviará Dios al infierno a los malos por sus pecados; y corregir *en juicio* es reprender en este mundo a los suyos con amor de padre. La cual reprensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprende, que ninguno otro hay tan seguro, ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos (16, 14), que apareciendo nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos *les reprendió de incredulidad y dureza de corazón*; después de lo cual les dió poder para hacer obras maravillosas. Y el Profeta Isaías (4, 4) dice: *Que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de en medio de Jerusalén en espíritu de juicio, y espíritu de ardor*; dando a entender, que el lavar nuestro Señor nuestras manchas, viniendo a nosotros, es dándonos primero a conocer quién somos, y esto es *juicio*; y después envía *espíritu de ardor*, que es amor, que nos causa dolor; y así nos lava, dándonos su perdón y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir a nosotros gloria alguna; pues primero nos dió a entender nuestra indignidad y desmerecimiento.

Y esta reprensión no entendáis ser alguna cosa que desmaye, y demasíadamente entristezca al ánima, trayéndola desabrida; porque esta tal, o es del demonio, o del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza, y temor, y amor, que le pone espuelas para mejorarse, y para con mayor diligencia servir al Señor; y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como a hijo, pues usa con él oficio de padre,

según está escrito (*Apoc.*, 3, 19): *Yo a los que amo, corrijo.*

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprenderos; presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas, que la soberbia alteza de otros conocimientos. Y no seáis como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal a sí mismos, se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio; como, en la verdad, ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros pecados, como mirarnos nosotros y reprendernos con dolor y penitencia, según está escrito (1 *Cor.*, 11, 31): *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados de Dios.*

CAPITULO 63

De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad; y del maravilloso ejemplo que Cristo nuestro Señor nos da para lo dicho.

Lo segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es, que aunque es bueno y provechoso, pues por él nos viene *el corazón contrito y humillado*, que Dios no desprecia (*Ps.*, 50, 19), mas tiene esta falta, que se funda sobre haber pecado; y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy espantable monstruo, que siéndolo, se estimase por justo; como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aún mucho más hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha de dar perfectamente la gloria *al Padre de todas las lumbres. del cual procede todo lo bueno y dá-*

diva perfecta (Jac., 1, 17). De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente, que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos.

Esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos; y no sólo la hay en este mundo, mas en el cielo. Porque de ella se escribe (Ps., 112, 6): *¿Quién como el Señor Dios nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* Esta tuvo en pie a los ángeles buenos, y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sujetos; y la falta de ella derribó a los ángeles malos, porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la sagrada Virgen María nuestra Señora, que siendo predicada por *bienaventurada* y *bendita* por la boca de Santa Isabel, no se hinchó ni atribuyó a sí gloria alguna de los bienes que en Ella había, mas con humilde y fidelísimo corazón enseña a Santa Isabel y al mundo universo, que de las grandezas que Ella tenía, no a sí, mas a Dios se debía la gloria, y con profunda reverencia comienza a cantar (Lc., 1, 46): *Mi anima engrandece al Señor.*

Y esta misma y más perfecta humildad tuvo la benditísima ánima de Jesucristo nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal no estuvo arrimada a sí misma (1), sino a la Persona del Verbo, en lo cual excede a todas las ánimas y a los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria a sí misma, y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos. Y de este Corazón salía lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras, de su Padre las había recibido, y a Él daba la gloria, y decía (Jn., 7, 16): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y en otra parte dice: *Las palabras que Yo hablo, no las hablo de Mi mismo, mas el Padre que está en Mi, Él hace las obras.* Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los malos y

(1) *No estuvo arrimada a sí misma*: no tuvo personalidad humana, no subsistió en sí y por sí, sino en la Persona del Verbo.

males es la soberbia. Y queriendo dar a entender el Señor cuánto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella, y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo (*Mt.*, 11, 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón.* Para que viendo los hombres a un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajen por la tener; y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien a sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer.

Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, aquesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su palabra (*Lc.*, 14, 17): *Quien se humillare será ensalzado.* Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (*Mt.*, 5, 3): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Y tener por cierto, que pues Jesucristo nuestro Señor fué ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino; y débese de desengañar en lo que dice San Agustín: «Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he que la humildad: y si tercera vez, responderte he lo mismo; y si mil veces me lo preguntares, mil veces te responderé que no hay otro camino sino la humildad.»

CAPITULO 64

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

Porque creo que deseáis alcanzar esta santa bajeza con que agradéis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habéis de alcanzar.

Y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que a sus escogidos da. Y aun el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece, con los remedios que ellos ponen para alcan-

zaria, huir ella más; y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia. Por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad: que de tal manera toméis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejéis de hacer diciendo: ¿Qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?, ni tampoco los hagais poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en Aquel que suele dar sus dávidas a los que da su gracia para se las pedir con oracion y ejercicios devotos.

El modo, pues, que tendréis será éste: Considerad dos cosas por orden: una el ser, otra el buen ser.

Cuanto a lo primero, habéis de pensar quién érades antes que Dios os criase, y hallareis ser un abismo de nada, y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este *no ser*, hasta que veáis y palpeis vuestra nada y no ser. Y despues considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dandoos verdadero y real ser. Y miraos a vos, no como hechura vuestra, sino como a una dádiva, de la cual Dios hizo merced a vos. Y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser, como miráis al ajeno, creyendo que tampoco os pudisteis vos criar a vos, como criar a otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y tenéis por igual de vuestra parte a las cosas que no son, atribuyendo a Dios la ventaja que les lleváis.

Y mirad que, después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma; porque no menor necesidad tenéis de Dios a cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis. que la tuvisteis para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis. Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vive. Preguntaos, ¿esta criatura está arriada a sí, o a otro? ¿Susténtase en sí, o ha menester mano ajena? Y responderos ha el Apóstol San Pablo (*Act., 17, 27*), que *no está lejos Dios de nosotros, mas que en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser*. Y considerad a Dios, que es *el ser* de todo lo que es, y sin Él hay nada; y que es *vida* de todo lo que vive, y sin El hay muerte; y *fuera* de todo lo que algo puede, y sin Él hay *flaqueza*; y que